

EL JUEGO

DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA.



SUEÑO.

Fuego de Dios y qué sueño me he echado! ya se ve, después de una buena comida y repetidos brindis, una cama regada y blanda es un admirable soporífero: el caso es que como la imaginación no se ceba en otra cosa que en los sucesos de nuestras Provincias beligerantes, mi fantasía ni aun en sueños me escasea estas imágenes; así es que durante mi sueño me parecía estar en un gran salon alumbrado por infinidad de bujías, en el que se habian congregado todas nuestras Provincias y un numeroso concurso, que por huir de la ociosidad empleaban el tiempo en varios juegos. Vi en efecto sentados á una mesa, y jugando al mediator, á Aragon, Navarra, Andalucía y Mancha: en otra jugaban á la malilla Castilla, Asturias, Galicia y Extremadura: en otra se divertian al tresillo Valencia, Cuenca y Murcia: en lo mas retirado de la sala estaba Cataluña sola en su mesa; pero divirtiéndose tanto como los demas en jugar solitarios, y á la misma luz con que se alumbraba un Eclesiástico venerable desempeñaba con su breviario las obligaciones de su rezo.

Madrid y la Inglaterra andaban por todas las mesas espavilando las luces, alargando barajas, y sirviendo á los jugadores en quanto podian. Todos los jugadores instaban á Madrid que tomase cartas; pero él contestaba con mucha cortesía, "no, no, diviértanse vmds. y ganen mucho, que me interesa infinito en ello: ahora no puedo jugar pues estoy ocupado con unas visitas á quienes mal de mi grado tengo que complimentar; y aunque marcos besa el hombre que quisiera ver quemadas, no me puedo excusar. Después juega é, que sin embargo de estar escarmentado de una vez, que si no ha sido por un prudente viejo que me hizo retirar de la mesa, me quitan hasta la camisa; tengo mi aficioncilla, y no siempre ha de estar el diablo tras de la puerta.

Como yo no tenía allí los mayores conocimientos, no pude fixarme con nadie de conversacion, por lo que ya echando un cigarro, ya tomando un polvo, y andando de aquí para allí, pasé gran rato en la mayor insulsez, hasta que me ocurrió el capricho de jugar yo solo con todos á los despropósitos; acordéme de mis conocimientos taquigráficos, y eligiendo un lugar acomodado, con mi lápizero y papel, me propuse escribir aquella razon ó sentencia de cada uno que primero llegase á mis oídos, y como gracias á Dios tengo tan buena memoria, quiero referir lo que escribí pues lo tengo presente;

DIALOGO.

Galicia. Para una vez que he tenido juego se empeñan en que he hecho un renuncio.

Asturias. Ustedes me han convidado á jugar, y no me dan cartas.

Murcia. Buen juego se ha sacado.

Valencia. Pues si se volviera á jugar la mano daba una bolsa completa.

Cuenca. A mí me ha perdido el robo.

Gastilla. No tengo cartas ni triunfos.

Aragon. Voy solo.

Navarra. Mejor fuera buscar un compañero.

Aragon. Tengo el naye á mi favor, y no necesito ayuda.

Andalucía. Aunque tengo un poco de vanidad en jugar bien, me voy con tiento porque hay poco dinero.

Inglaterra. No dexarlo por eso que aquí está mi bolsa.

Andalucía. ¡Que mala está esta baraja.

Inglaterra. Aquí hay barajas quantas vds. quieran.

Extremadura. Estoy á ver venir, y no debe salir la jugada de mi mano.

Madrid. Ahí va el rey de copas; ¿quién le falla?

Castilla. Yo no tengo espadas.

Galicia. Tampoco yo le fallo por ahora.

Cataluña. Por firme de lo que usted me ha dicho (á Madrid) tengo mal dispuestas mis cartas.

Madrid. Tambien yo me he devado chasco.

Cataluña. Sin embargo lo enmendaremos.

Andalucía. Ya es preciso confiar de firme para sacar este juego.
Mancha. Yo ya he aprovechado mis triunfillos conforme han ido viniendo las cartas.

Andalucía. Ya le saqué; pero buen trabajo me ha costado.

Madrid. Amigo, usted ha jugado pasmosamente; estaba con mucho cuidado.

Inglaterra. Yo no, que conozco muy bien su destreza.

Castilla. ¿Qué quieren ustedes que haga con este juego?

Asturias. Desde el principio anda usted con eso.

Castilla. Denme cartas, y venga todo el mundo á jugar conmigo.

Madrid. Tome usted esa baraxa de mi fábrica á ver si se muda el naype.

Castilla. ¡Bonitas cartas! ahora sí que me prometo ganar.

Andalucía. Aquí ya hemos acabado, vamos á ver como estamos los de la matilla.

Aragón. Mucho ñe ganado, y aun espero ganar mas si volvemos á jugar.

Valencia. Taubien nosotros hemos concluido, allá vamos.

Madrid. Y Cataluña, ¿no viene?

Cataluña. Para ir estoy yo, y no sé como salir de este solitario: venga alguno de ustedes á ayudarme.

Madrid. Usted Señor Eclesiástico, que no ha desplegado sus labios, ¿no nos dice nada?

Eclesiástico. Yo he estado cumpliendo mis deberes; pero si ustedes gustan oírme, les diré unos versitos que hablan con todos, y con ellos daemos fin á la tertulia.

Todos. En hora buena.

PROCLAMA DEL ECLESIASTICO.

Valerosos guerreros,

No con los triunfos hasta aquí adquiridos

Se deben contentar vuestros aceros:

El valor os inflama,

Y desde la opresión de esos bandidos.

Nuestro Fernando clama:

¿Seremos sordos á sus tiernas quejas?

¿Le veremos gemir en las prisiones?

En que la tiranía
 Reduce á polvo su soberanía,
 Sin que los corazones
 De sus hijos leales
 Se quiebran de dolor y de amargura?
 ¿Veremos tantos males
 Como gime el Altar, la Patria llora,
 Sin que en la misma hora
 Los ínclitos guerreros de la España
 Tomen venganza de traicion tamaña?
 A las armas soldados,
 ¡A la victoria, al triunfo, á la venganza;
 Corramos denodados
 ¡A romper de Fernando las cadenas,
 Y en la dulce esperanza
 De hacer útil la sangre de esas venas,
 Destruid, asolad, echad por tierra
 Ese vil aduar de foragidos:
 Sientan pues los horrores de la guerra
 Que tienen merecidos:
 Conseguid peleando
 Vengar á Dios, y hacerlos con Fernando.

Las palabras del Eclesiástico pronunciadas con todo el entusiasmo que es capaz de infundir el patriotismo y amor á su Soberano, produxeron en los oyentes tal sensacion, que echando mano á la cruz de sus espadas juraron vengar la causa de Dios y de la Patria, sin desistir de tan heroica empresa mientras existiese uno solo: el Eclesiástico enagenado de gozo los fué abrazando uno despues de otro; y viéndoles impacientes por partir, les echó su santa bendicion aconpañada de sabios consejos, ofreciéndoles que sus oraciones, ayunos, penitencias, y facultades se dirigian incesantemente al Dios de las batallas para impetrar sus poderosos auxilios en favor de la causa justa.

Este ha sido mi sueño, y oxalá con su relacion pueda yo confirmar á mis generosos compatriotas en sus loables designios, y despertar á los que yacen alexargados en el odioso lecho de la indolencia, para que todos unidos caminemos por las sendas del honor al templo de la gloria.